

## 094. La muralla

¿Sabemos lo primero en que pensaban antiguamente los constructores de una ciudad?... Lo vemos por la misma Biblia en tantos pasajes: construir grandes y sólidas murallas para una guerra eventual. ¡Había que estar defendidos!... Hoy pasa lo mismo, aunque de manera muy diferente. Los medios de destrucción modernos se ríen de todas las defensas antiguas. Y se ha llegado hasta soñar en la guerra defensiva de las galaxias...

Pasado el 11 de Septiembre con la caída de las Torres Gemelas, viene el pensar en medios antes nunca imaginados... Todos los medios, sin embargo, van a lo mismo: hay que defenderse ante cualquier ataque posible, venga de donde venga, con cazas o con antimisiles, lo mismo da...

¿Vale esto cuando hablamos de la familia?... Hoy vamos a considerar a la familia así: como una ciudad expuesta al ataque del enemigo. Y un enemigo que busca el objetivo de siempre: destruir la familia, aniquilar la obra humana más bella de Dios, arrancar del hogar a Jesucristo, apoderarse del niño y corromper a la mujer, conquistar a la juventud como la fuerza más valiosa, quitar de la cabeza del hombre todo lo que signifique fidelidad a Dios...

Ante la guerra que se le declara a la familia con las armas modernas, hay que oponer la defensa con los medios que el mismo Dios pone al alcance de la misma familia.

El objetivo del enemigo es el mismo siempre. Pero las armas con que cuenta hoy son mucho más eficaces que las de tiempos pasados.

Ponemos el caso del juego, que ha destruido siempre a tantas familias. Antes se iba todo en ronda de amigos, con las cartas o los dados en una mesa muchas veces aburridora. ¿Hoy?... Se pueden jugar fortunas por Internet. O basta meterse en un salón con máquinas tragamonedas, tan entretenidas por las sorpresas que traen, y en un par de horas quedarse sin nada del dinero ganado en la quincena o ahorrado en muchos años... ¿Enemigo? El de siempre: el juego. ¡Pero, vaya manera del juego de antes y del de ahora!...

Igual pasa con las diversiones. Las de antes, hoy las vemos tan inocentes que nos hacen sonreír. Un baile de antaño podía ser más o menos atrevido, pero no a nadie le daba demasiado miedo. Hoy, hay que meterse en una discoteca que cierra al amanecer, para quedar asombrado del aguante moral que se necesita para salir ilesa la conciencia de aquel local tan divertido...

En tiempos pasados las distracciones se limitaban a reuniones, veladas, salidas cercanas..., que sí, ponían en peligro el cumplimiento de las obligaciones religiosas más estrictas, pero dejaban siempre, para quien tenía algo de buena voluntad, un espacio aprovechable para darlo a Dios... Hoy, un espectáculo de masas como es el fútbol, la salida larga a la playa o al club, el viaje del fin de semana, lo que sea, hacen para muchos un imposible casi el dar a Dios la hora que pide para la Santa Misa, para instruirse en la fe con la escucha de la Palabra, para llenar el alma de gracia con la recepción de la Eucaristía...

En la intimidad del hogar, antes se podía compartir sin estorbos, comunicarse la misma fe, dedicar un rato a la oración familiar... Hoy, la radio y la televisión han hecho

casi un imposible también esa convivencia que constituía el mayor bien de los padres y de los hijos, de los ancianos que se iban y de los pequeñitos que venían...

Lo más peligroso, sin embargo, son las ideas dominantes en la sociedad moderna, que se han metido en la familia y están echando raíces muy profundas en muchos hogares, como la mentalidad sobre el divorcio, el amor libre, el homosexualismo, el aborto, la eutanasia, y la inconcebible transmisión de la vida por la probeta o la clonación... Hay dudas sobre la fe, laxitud moral, rebeldía contra el mismo Dios, apartamiento sistemático de la Iglesia y de las obligaciones religiosas... La globalización de todas las ideas contrarias al Evangelio hace mella en muchas conciencias, con peligro serio de la misma salvación...

Se podría objetar lo de siempre: ¿A qué viene ese pesimismo? ¿Es que todo está perdido? ¿Acaso la salvación va a ser en adelante un imposible?... No; nada de eso. Al revés. Todo lo anterior no es más que tender la mirada para ver de dónde viene y dónde está el enemigo que acecha la ciudad para pillar desprevenidos a los habitantes, si es que no han levantado la muralla y la antemuralla para la defensa oportuna.

Pero la familia, expuesta al peligro, cuenta también con las defensas que le ofrece el mismo Dios. Esos males señalados provienen muchas veces de los avances de la ciencia y de la técnica, pero mal aprovechados, cuando esas conquistas modernas están llamadas a ser una gran bendición de Dios.

¿Cuáles son entonces las defensas —la muralla y antemuralla de nuestra comparación—, para tener a salvo la familia ante el enemigo que la asedia?...

En realidad, se reducen siempre a las mismas, que no necesitan aquí más que una simple insinuación.

- En primer lugar, la salvaguarda de la fe por la oración y la fidelidad al culto, especialmente con la Misa dominical. Parece cosa de poca monta, pero es la defensa número UNO.

- Después, la escucha fiel de la Iglesia, que habla por sus Pastores. La Iglesia Católica no le fallará nunca a Jesucristo; y los Pastores, puestos y guiados por el Espíritu Santo, asumirán todos los avances de la ciencia y los progresos de la vida social, de manera que nunca sean obstáculo para la fe, sino más bien un auxilio para acrecentarla, propagarla, profundizarla y vivirla.

Nuestra posición de personas de fe y esperanza es la de siempre: no tememos la modernidad ni la postmodernidad, y el optimismo es la norma de nuestra vida. La familia se ve rodeada de una muralla sólida e indestructible, como es Dios, que ama y defiende su obra más bella...